

1980

Cuento

Jaime Martínez Tolentino

Citas recomendadas

Tolentino, Jaime Martínez (Otoño 1980) "Cuento," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 12, Article 14.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss12/14>

SU REGRESO

«Recuerda; si alguna vez vuelves por aquí *tienes* que venir a verme. No lo olvides. Me lo has prometido.»

Esas fueron las palabras de Dolores en aquella ocasión y Miguel todavía creía estarlas oyendo mientras miraba calle abajo en dirección al autobús que se acercaba. Aunque el vehículo aún estaba lejos, Miguel podía distinguir claramente las grandes letras negras sobre el parabrisas que indicaban su destino. No obstante, recordó todos los otros autobuses que habían pasado y sobre todo el primero, aquél que estuvo a punto de abordar antes de darse cuenta de que no era *su* autobús, y metió la mano en el bolsillo mecánicamente para buscar el trozo de papel que con tanta frecuencia había consultado en los últimos quince minutos.

Miguel respiró con alivio al ver que por fin llegaba el autobús de Dolores. Bueno, no exactamente el autobús de Dolores ya que ella no viajaba en él, pero sí el autobús que lo conduciría a ella. Dolores Valverde, la preciosa Dolores. ¡Cuántas memorias evocaba ese nombre!

«Déjenlos bajar, por favor. Todos a bordo,» recitó el conductor en su tono cansado despertando a Miguel de su ensueño.

El autobús (sí, éste era el autobús correcto; lo sabía porque de nuevo había consultado su trozo de papel) estaba repleto y le tomó a Miguel un buen rato antes de encontrar un asiento. Cuando por fin encontró donde sentarse, en el fondo del vehículo, tuvo que apretujarse entre la ventanilla de la esquina trasera y una dama de enormes proporciones cuya corpulencia desparramada lo fijó en el lugar con la fuerza de una prensa.

El autobús fue acelerando e hizo varios virajes, lo que llenó a Miguel de una vaga inquietud ante la idea de pasar su parada. Por eso, trató de sacar el trozo de papel que tenía en el bolsillo, pero la pierna gruesa y elefantescas que presionaba la suya lo había encerrado de tal forma que tuvo que ladearse y serpentear antes de poder completar la difícil maniobra.

«¿Cómo será el sitio donde vive?» se preguntó fijándose en la dirección escrita en el papel. El conocía el gusto de Dolores por el lujo, por las cosas más finas, y recordó el apartamento que había ocupado cuando eran novios, aquel pequeño estudio tan *chic* que ella había decorado tan artísticamente. Por eso, ni por un segundo dudó que su vivienda actual fuese nada menos que extremadamente elegante. Y sin embargo, seguía preguntándose cómo sería el apartamento de Dolores.

«Una porquería de piso con ratas y cucarachas,» oyó decir sobre el ruido del tránsito y luego se dio cuenta de que el comentario había venido de su vecina, la gorda que en esos momentos estaba envuelta en animada conversación con una amiga.

i Ah! pero aquel apartamento de Dolores ¡ese sí que era fenomenal! Y no en balde, pues Miguel sabía cuánto trabajo le había costado encontrarlo. Algunos apartamentos no le habían gustado porque eran demasiado viejos o demasiado decrepitos y a ella simplemente *le repelía* la decrepitud; otros los había rechazado porque eran demasiado modernos, demasiado *ostentosos* (esa fue la palabra que utilizó) para sus gustos de artista. Y cuando por fin encontró el apartamento de sus sueños ¡Dios cómo se esforzó por hacer el lugar habitable! Las sillas antiguas que adornarían su sala las buscó por toda la ciudad, corrió de galería en galería en busca de óleos (originales baratos) y *aquadortes* para las paredes y las cortinas las tuvo que pedir por correo directamente al famoso almacén Stromberg ¡en New York!

Una vez el apartamento estuvo amueblado, Dolores tornó toda su atención a los detalles que le darían esa apariencia de «habitado.» Colocó su caballete de pintora prominentemente en medio de la sala, asegurándose de que sobre éste siempre hubiera un lienzo a medio terminar, despreocupadamente distribuyó libros leídos a medias por todas partes (Kafka, James Joyce, Marcel Proust, Budismo Zen, *El amante de Lady Chatterly*, *La agonía y el éxtasis*) y se ocupó de las luces.

La iluminación (indirecta, naturalmente) tenía que ser perfecta. No podía ser demasiado brillante para no arruinar el efecto de *atelier* que había logrado con tanto trabajo y no podía ser demasiado oscura, pues eso hubiera opacado su propia belleza estudiada, la obra maestra tan cuidadosamente planeada de su maquillaje diseñado para darle esa apariencia de desmaquillada y el brillo intenso del largo cabello tan sedoso que ella constantemente se echaba sobre los hombros de un modo tan casual que parecía inconsciente.

«Créeme, Hortensia; si has visto uno los has visto todos. Todos los apartamentos son iguales; cuatro paredes sucias, un techo que te protege de la lluvia y un piso que hay que estar barriendo todo el tiempo.» La voz de la gorda llevaba el peso de la experiencia y la autoridad de un experto arquitecto.

Miguel no oyó nada de esto, o si lo oyó no se dio cuenta, porque no era el tono gutural de la gorda lo que estaba escuchando sino una voz mucho más agradable, inmensamente más melódica. Recordó que esa otra voz había estado sonando en sus oídos desde que salió de la ciudad tantos años antes y también recordó que las palabras pronunciadas lo habían acompañado en todo momento. «Si alguna vez vuelves por aquí, *tienes* que venir a verme» había dicho cuando a él lo enviaron en su primera misión diplomática al Cercano

Oriente; «No lo olvides» oyó una y otra vez en las polvorientas y asoleadas calles de una ciudad desértica olvidada; «Me lo has prometido» la voz había repetido durante los largos años tormentosos de su matrimonio desdichado y ahora, por fin él estaba a punto de cumplir esa promesa sagrada.

El autobús tomó otra curva y emergió de debajo de un túnel. Al hacerlo, una poderosa explosión de luz solar inundó la cabina y Miguel supo de inmediato que estaban cruzando el Parque Central. Como por arte de magia desaparecieron de su mente las ruidosas muchedumbres de los mercados en tierras exóticas, los oscuros y tortuosos laberintos de los *kasbah* y las monótonas arenas desérticas en su eterno deambular. El viejo parque con sus majestuosos árboles tan altos, sus verdes prados y sus variados matices de rojo, oro y marrón lo había relegado todo al pasado lejano, llenando a Miguel de una alegría exuberante y haciéndole pensar que ésto era real y no aquello.

«¡Por Dios! ¡Mira a esas dos tortolitas!» comentó la vecina de la gorda tratando de que su amiga se fijara en una pareja sentada en un banco.

Miguel no estaba consciente de lo que sucedía a su alrededor y sólo miraba por la ventanilla. El viejo parque no había cambiado nada; era todavía el lugar preferido para las escapadas de las parejas que huían de sus cursos de química o literatura en la universidad. Y allí estaban como siempre habían estado, cogidos de la mano, mirándose tiernamente a los ojos y perdidos en el delicioso éxtasis del primer amor como él y Dolores lo estuvieron una vez.

¡Su dulce y romántica Dolores! En los momentos de mayor tristeza lejos de su hogar, cuántas veces recordó aquella tarde en abril cuando ella se había sentado a su lado tan frágil, tan evanescente, como escuchando el eco lejano de una dulce melodía que sólo ellos podían oír. Había sido aquí, en un Parque Central decorado con los más bellos colores de la primavera, que ellos habían pasado los momentos más tiernos de su juventud; aquí que él había llegado a conocerla y aquí que se sumergió en las profundidades de un alma verdaderamente romántica que nunca cambiaría. Sí, él sabía que Dolores jamás podría ser distinta. Era toda poesía, toda sentimiento, un alma sensible y artística colocada en este mundo para asegurar la continuidad de la belleza eterna, para luchar contra la aspereza y para mantener a raya la severidad de una realidad desagradable. Era una pena que quedaran tan pocas Dolores en el mundo; una pena que en el mundo escaseara el tipo de amor que ellos habían conocido. Y sin embargo . . . y sin embargo, quedaba alguna esperanza. Dolores existía aún y pronto él estaría a su lado. Además, esa pareja sentada en el parque parecía un recordatorio de que la vida continuaba, un símbolo de que el eterno ciclo del amor no había sido interrumpido y una promesa de que invariablemente otros buscarían y encontrarían lo que él y Dolores habían compartido.

«¡Por Dios! ¡Míralos!» insistió la amiga de la gorda hasta que su compañera no pudo contenerse más y soltó toda la furia de su asco reprimido.

«¿El amor? ¡Bah! Un montón de sandeces sentimentales. Todo ese besuqueo y esos abrazos . . . A mí que esos muchachos han visto demasiado televisión. El amor no existe, Hortensia. Es sólo un juego; todo besos y abrazos cuando una es joven y tonta, luego mucha pasión en la cama después de la boda y ¡pan! se acabó. Así como así. En mi opinión, el amor es como una enfermedad de la niñez, como las varicelas o la farfallota. Uno se hincha, le sube la temperatura y cree que la fiebre no ha de bajar nunca, pero baja. Baja y desaparece por su cuenta.»

«Sí, supongo que tienes razón» asintió su compañera un tanto renuente. Entonces la gorda volvió a hablar con autoridad.

«¡Claro que tengo razón! Oh, yo también pasé por toda esa porquería, pero gracias a Dios que me curé. La vida se encargó de eso y también mi difunto esposo ¡que el diablo lo tenga en el infierno! Te digo, Hortensia; la vida es dura y no hay tiempo para toda esa basura romántica. Todo es trabajar, trabajar y trabajar, luchar para sobrevivir, pagar deudas y preguntarse si habrá qué comer al día siguiente. Espera que esos muchachos crezcan y entonces tú me dirás si todavía estarán sentados ahí haciéndose ojitos y hablando boberías.»

Miguel no pudo evitar oír la conversación y decidió que ya era hora de mudarse lo más lejos posible de las dos arpías. Sin embargo, no fue realmente necesario que cambiara de asientos, pues las dos mujeres se levantaron y se aprestaron a bajar del autobús. Desgraciadamente, esa era también su parada y Miguel se vio forzado a seguirlas por el pasillo maldiciendo la suerte que había hecho de esas brujas sus compañeras de viaje.

¿Fue su imaginación o realmente sucedió que mientras caminaban por el pasillo la gorda se volvió y lo miró con un aire lejano y soñador? Miguel jamás lo sabría; lo único que supo fue que cuando el vehículo se detuvo y abrió sus puertas la amiga de la gorda se despidió de su compañera con una despedida que lo dejó atónito.

«Te veré mañana, Dolores» había dicho y el antiguo diplomático sorprendido se dejó caer en el asiento más cercano, hizo trizas el pedazo de papel que había estado consultando y secretamente deseó que el autobús siguiera hacia Marrakesh, Bagdad o Timboctú.

Jaime Martínez Tolentino

